

Ciegos en Gaza

Ze'ev Maor
Yom Kippur 2025

¿Fue la ceguera intelectual y tecnológica que permitió el ataque de Hamás un fallo fugaz, momentáneo? ¿O fue, más bien, un síntoma de una ceguera antigua, profunda - quizá incluso crónica - dentro de la cultura israelí hacia la existencia palestina misma?

¿Cómo no lo vimos venir?

El 7 de octubre de 2023, Hamás neutralizó el sofisticado sistema de defensa israelí llamado “ver-disparar” - una red integrada de vigilancia y armamento operado a distancia - utilizando drones. Atravesaron las vallas, cruzaron la poderosa línea de fortificaciones construidas con sensores y un muro de hormigón que descendía decenas de metros bajo tierra, e infiltraron Israel.

Como resultado de lo que después se ha revelado como un fallo sistémico a gran escala, Hamás logró invadir las comunidades israelíes de la frontera y, durante largas horas, asesinar, violar y secuestrar civiles de sus camas - niños, mujeres y ancianos - arrastrándolos a los túneles de Gaza.

Israel fue violado. “La seguridad”, aquel ídolo todopoderoso de la cultura israelí, fue profanado y traicionado.

Israel quería que el mundo le creyera, quería ser reconocido por la injusticia que se le había infligido. Golpeado por el horror, anhelaba recuperar su sentido de fuerza y seguridad - pero, como en muchas tragedias clásicas, también deseaba venganza. Y así fue.

Hoy, el ejército israelí exhausto tropieza por Gaza como un ciego entre ruinas - retrocediendo y volviendo a lugares ya devastados, golpeando a izquierda y derecha con sus armas más sofisticadas. Como el paso de un ciego, la mano tantea antes que la cabeza; entre las montañas de escombros y los restos de túneles, el enemigo oculto es casi invisible.

Entre las nubes de humo de los bombardeos aéreos, no se pueden ver los rehenes israelíes que mueren dentro de los túneles - ni tampoco, de hecho, a los inocentes que no tienen nada que ver con la lucha: civiles indefensos, mujeres, niños, ancianos, enfermos, bombardeados, mutilados y muertos por miles, sus cuerpos sepultados bajo los escombros.

El mundo, a través de sus redes digitales, se estremece ante la magnitud de la muerte y la destrucción en Gaza - pero muchos israelíes no lo ven. En parte porque la mayoría de los medios israelíes están movilizados, subordinados a interpretar el desastre de Gaza como una conspiración o un problema de relaciones públicas; y en parte porque, sepultados bajo el miedo postraumático o la rectitud moral, muchos israelíes no pueden - o no quieren - mirar.

Ver lejos, ver a través

Las raíces de la ceguera israelí ante la existencia palestina se remontan a los primeros días del movimiento sionista, a la frase frecuentemente citada “Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra” (1901), atribuida al escritor y activista sionista Israel Zangwill. Esta frase condensaba una idea central: que la Tierra de Israel - percibida como un territorio casi vacío, carente de vida nacional organizada - debía ser destinada al pueblo judío, disperso en el exilio sin una tierra propia.

Sin embargo, aunque esta concepción fuera extendida, no era unánime. Desde el principio encontró una crítica aguda dentro del propio movimiento sionista - notablemente por parte de Ahad Ha'am (Asher Zvi Ginzberg, 1856–1927), quien advirtió del peligro moral y político inherente a negar la existencia, los intereses y los derechos de los árabes. En sus palabras:

“Debemos ser prudentes en nuestra conducta hacia un pueblo extranjero entre el cual venimos a habitar de nuevo - caminar con ellos con amor y respeto, y, por supuesto, con justicia y equidad. ¿Y qué hacen nuestros hermanos en la Tierra de Israel? ¡Todo lo contrario!” (Verdad desde la Tierra de Israel, 1891)

Así como no se puede negar la miopía hacia la existencia palestina que había en el discurso sionista temprano y en la cultura israelí que surgió de él, tampoco se puede ignorar que, al mismo tiempo, siempre hubo quienes veían con claridad - quienes señalaban esta ceguera y sus consecuencias.

Ejemplos de esta tensión - entre la ceguera y la lucidez, la negación y el reconocimiento - se repiten a lo largo de la historia cultural israelí. Un caso especialmente revelador se encuentra en las pinturas de Yosef Zaritsky (1891–1985), uno de los pioneros del modernismo israelí y del arte abstracto. Cada verano, Zaritsky residía en el kibutz Tzuba, en las colinas de Jerusalén, donde producía una serie de acuarelas y litografías que representaban sus paisajes en una abstracción llena de color. Las obras se caracterizan por formas geométricas simples y tonos verdosos y terrosos; sus figuras abstractas funcionan como símbolos. Esta serie transmite una conexión lírica y nostálgica con la naturaleza y la vida del kibutz, equilibrando la abstracción y la forma, la impresión personal y el paisaje local.

Una respuesta crítica a la mirada de Zaritsky sobre el paisaje israelí - y, más precisamente, a los límites de su campo visual - fue ofrecida más tarde por Larry Abramson en su Serie Tzuba (1993–94). Mientras Zaritsky, fiel a su método abstracto y universal, pintaba el paisaje de Tzuba ignorando las ruinas del pueblo árabe de Suba, conquistado en 1948 y sobre cuyas tierras se fundó el kibutz, Abramson centró su enfoque precisamente en aquella colina y en los restos del pueblo abandonado. Utilizando una técnica que integraba impresiones de periódicos dentro de la imagen, Abramson evocaba el paso de la visibilidad al borramiento - una crítica artística al punto ciego de Zaritsky, y a una cultura israelí que niega la presencia de la memoria palestina.

La crítica creativa de Abramson a Zaritsky - también arraigada en una fractura generacional y en una concepción diferente del propósito del arte y del papel de lo político - ilustra, como muchos otros ejemplos (desde la prosa de S. Yizhar y las advertencias de Yeshayahu Leibowitz hasta Detrás de las rejas de Uri Barbash, los escritos de Amos Oz, y el trabajo de la organización Zochrot), la dualidad y la tensión entre mirar y negar, entre exponer y ocultar, entre el llamado a la responsabilidad moral y

política y la ceguera voluntaria que todavía marca una de las fracturas más profundas de Israel: entre quienes buscan el compromiso y quienes son impulsados por el fanatismo.

Entre visibilidad y borramiento

La imagen de los “árabes” - y más tarde, de los “palestinos” - dentro de la cultura israelí ha sufrido numerosas transformaciones a lo largo de los años, a menudo oscilando entre la invisibilidad y la transparencia, por un lado, y el reconocimiento crítico, por otro - un reconocimiento de su sufrimiento, de su lucha por la memoria, la tierra, la identidad y el futuro.

Esta oscilación también ha tomado la forma de una alternancia entre el desprecio y la fascinación. Expresiones como *avodá aravit* (“trabajo árabe”, es decir, trabajo mal hecho o inferior) capturan el desprecio y el prejuicio incrustados en el lenguaje cotidiano; mientras que, en el otro extremo, encontramos una admiración romántica - mezclada con envidia - por la autenticidad nativa palestina, la ruralidad bíblica, el apego tenaz a la tierra (*sumud*). Esta admiración puede rastrearse desde los días de HaShomer, la organización judía de defensa previa al Estado, hasta los colonos actuales de las colinas, que continúan apropiándose de elementos de aquella misma identidad salvaje que antes despreciaban.

En las últimas décadas, bajo gobiernos que han promovido la expansión territorial y el borramiento de los Acuerdos de Oslo, el palestino se ha fijado en la imaginación israelí como el enemigo - un terrorista enmascarado. Incluso los actos diplomáticos de la Autoridad Palestina han sido descritos como “terrorismo político”. Y mientras la población palestina es, en la práctica, monitoreada las veinticuatro horas por el sistema de seguridad israelí - seguida y observada con las tecnologías más avanzadas del mundo - su cultura, su sufrimiento, sus aspiraciones y sus derechos siguen siendo invisibles.

La opción de Sansón

En 1936, el novelista británico Aldous Huxley adoptó la metáfora de la ceguera para describir la decadencia moral y el autoengaño de la sociedad burguesa en su novela *Eyeless in Gaza* (Ciegos en Gaza). El título, tomado de la historia bíblica de Sansón, evoca a un héroe despojado de vista y poder, que avanza a tientas hacia la redención. El protagonista de Huxley sufre ceguera moral - incapaz de reconocer las consecuencias de sus actos o el sufrimiento que causa - hasta que pasa por un proceso doloroso de comprensión, responsabilidad y compasión. El libro explora cómo la ceguera, ya sea moral, emocional o social, separa al ser humano de sus valores y de su entorno - y cómo, paradójicamente, de la ceguera, del colapso o de la tragedia, puede surgir un movimiento hacia la curación y la libertad.

Huxley, a su vez, tomó el título del poema trágico-lírico del siglo XVII *Samson Agonistes* (1671) de John Milton. En la versión de Milton, Sansón - el poderoso héroe bíblico - ha sido capturado por los filisteos en Gaza, humillado, cegado y encarcelado. El drama explora su tormento tras la pérdida de la fuerza y la visión, su lucha con la culpa (su caída ante Dalila), y su paso de la derrota a un nuevo propósito: el cumplimiento de su misión divina mediante el sacrificio propio y la destrucción de sus enemigos.

En el Sansón de Milton, la experiencia humana de la ceguera, la debilidad, la soledad y el arrepentimiento se entrelaza con el colapso nacional y espiritual. La historia se convierte en una gran alegoría de la lucha moral, el arrepentimiento y la renovación.

En el Israel actual, sin embargo, la historia de Sansón se ha transformado en una historia de venganza. Los versículos bíblicos que describen a Sansón, ciego y encadenado en el templo filisteo de Gaza, clamando a Dios para que le conceda fuerza para vengarse -

“Entonces Sansón clamó al Señor y dijo: Señor Dios, acuérdate de mí, te ruego, y fortaléceme, te ruego, solo esta vez, oh Dios, para que sea vengado de los filisteos por mis dos ojos.” (Jueces 16:28)

* se han convertido en un grito de guerra entre jóvenes colonos que llevan a cabo pogromos contra palestinos en Cisjordania.

Como todos los fanáticos que prefieren lo absoluto e irrevocable a lo relativo y negociado, cierran los ojos ante el final bien conocido de la historia: como tantas historias de venganza, termina con el héroe derrumbando el templo sobre sus enemigos - y sobre sí mismo.

Sobre la ceguera

La mirada israelí - ojos abiertos, horrorizados - está fija en los acontecimientos del 7 de octubre, pero sigue ciega ante la catástrofe que Israel ha desatado desde entonces, y ante la realidad que precedió aquel ataque asesino. Durante años, Gaza funcionó como una inmensa prisión a cielo abierto, su gobierno interno entregado a Hamás por los sucesivos gobiernos de Netanyahu precisamente para impedir la unidad palestina que podría haber avanzado hacia negociaciones de Estado. Una vez más, la ceguera apareció no como un accidente sino como una política deliberada - una parte integral de la estrategia de “gestión del conflicto”, cuyo objetivo real ha sido evitar cualquier acuerdo que pudiera limitar el apetito territorial de Israel y la creación de nuevos hechos consumados sobre el terreno mediante la expansión de los asentamientos. Todo esto se ha desarrollado bajo una rutina de dominación y represión en Cisjordania y el continuo asedio de Gaza.

¿Podría alguien afirmar sinceramente que no se había previsto que una explosión, de una escala u otra, era inevitable?

En 1991, la escritora y poeta israelí Shulamit Hareven publicó una colección de ensayos titulada *Blind in Gaza*, en la que reflexionaba sobre la vida durante la Primera Intifada. En esos textos, deambulaba por Gaza observando su compleja realidad con una mirada humanista y penetrante. Documentaba la vida cotidiana de sus habitantes, analizaba las corrientes sociales que configuraban su existencia y planteaba preguntas difíciles sobre el futuro de la región, las posibilidades de cambio y los fracasos del liderazgo - tanto palestino como israelí.

A través del prisma de Hareven reaparece aquella conocida miopía colectiva, y en sus propias palabras:

“En la pared exterior de un edificio gubernamental israelí en Gaza hay, visible desde lejos, un panel blanqueado, y sobre él - pintado con colores alegres - la inscripción: Amor, Hermandad, Paz y Amistad. Una bella inscripción, sin duda. Solo hay un problema: está escrita únicamente en hebreo... No se trata de una lejana colonia de la corona, invisible y desconocida. Este lugar está dentro de nosotros, y las decenas de miles de personas amontonadas en él forman parte de nuestro tejido social. Si seguimos siendo sordos y

ciegos, como un régimen colonial insensato, el proceso se empapará con nuestra sangre.”

El libro invita al lector a “quitar la viga de delante de sus ojos” - a mirar más allá de la indiferencia y la insensibilidad, a ver tanto el sufrimiento como la esperanza, y a centrarse en la posibilidad moral del cambio. En sus palabras:

“No ser ciego significa empezar a hablar. ¿Cómo hablar? Dos sociedades, ambas profundamente heridas, ambas llenas de agravios antiguos, se enfrentan cara a cara. En lugar de hablar, se presentan mutuamente facturas, y Dios sabe que las cuentas son largas: asesinatos, humillación, terror, abuso... ¿Quién de nosotros encontrará la fuerza interior para salir de la trinchera, para arriesgarse a una nueva oportunidad?” (Blind in Gaza, 1991)

Es doloroso ver que las mismas advertencias expresadas durante décadas por escritores, intelectuales y figuras públicas de Israel - sobre el crimen de la ocupación y las injusticias que engendra; sobre su efecto corrosivo en la moral, el gobierno y el espíritu humano; sobre la necesidad de una solución, la inevitabilidad de una explosión y el tsunami de condena global que vendría - se han cumplido palabra por palabra. Pero durante décadas, esas voces han sido silenciadas, su fuerza política erosionada: primero con el colapso de los Acuerdos de Oslo, luego con la marea nacionalista y religiosa que ha invadido Israel, y finalmente con el actual gobierno maquiavélico, cuyos “logros” incluyen haber transformado el sionismo en racismo, haber convertido a todo Israel en “territorios ocupados” y haber hecho que la sociedad israelí sea cómplice de crímenes contra la humanidad.

Esta realidad ha colocado al propio judaísmo de la diáspora en una crisis de identidad y solidaridad sin precedentes, incluso mientras se convierte en objetivo de un odio creciente y una hostilidad ciega.

El desastre que Israel está provocando en Gaza sigue desarrollándose - y aun cuando se detenga, su sombra perseguirá la historia judía durante generaciones. La renovada soberanía judía en la Tierra de Israel ha producido una teología política de fundamentalismo bíblico y mesianismo redentor, vinculada a una tradición histórica de celo judío catastrófico - desde la Gran Revuelta contra Roma hasta la revuelta de Bar Kojba - cuyos resultados todos conocemos. Esta teología política, que rechaza los principios humanistas y universalistas y disfraza su propia violencia bajo el victimismo histórico, se ha convertido en uno de los pilares centrales del gobierno israelí actual.

La realidad que ahora tenemos delante exige que todos aquellos que han sido tocados por este desastre tomen partido. El fin de la masacre israelí en Gaza y la liberación de los rehenes israelíes en manos de Hamás marcarían tanto el cierre de una pesadilla como el comienzo de una lucha interna dentro de la sociedad israelí - una lucha sobre el camino y el carácter de la nación.

Cualquier movimiento hacia la reconciliación y el reconocimiento de los palestinos - movimiento que implicaría la renuncia a territorios - probablemente encendería en Israel una crisis teológica, identitaria y política, que también podría derivar en violencia.

En tales condiciones, no parece posible escapar de la necesidad de enfrentarse a preguntas más profundas sobre el rostro del judaísmo en nuestro tiempo - sobre la necesidad de no dejarlo en manos de los extremistas. (En este sentido, existe una causa

común judío-musulmana.) Ante esto, se hace esencial recordar y alimentar una teología política que ame y persiga la paz - el verdadero camino real de la tradición judía, siempre ante nuestros ojos.

Estos son, realmente, días de temor reverencial, y hay mucho por hacer. Entre los muchos caminos que se abren ante nosotros, que se cumpla en nosotros el enigma de Sansón:

“De la fortaleza salió dulzura.” (Jueces 14:14)

Yom Kippur 2025
Ze'ev Maor